

Nuevo Mundo. Beneficio fué del cielo el maravilloso descenso de la MADRE DE JESÚS sobre el cerro del *Tepeyac*, y así tenía que ser visto por aquella triste, afligida y maltratada generación.

A aquella luctuosa época se refiere, pues, nuestro libro, llamado á destruir muchos errores, á pintar con exacto colorido aquellos dramáticos sucesos cuajados de interesantes y sorprendentes peripecias, y á ser la lectura preferida de cuantos llegen á tenerle en sus manos, no por el mérito literario que en sus páginas pueda haber desplegado su autor, cuya humildad confiesa ingenuamente, sino porque historia es de la más bella, firme y tierna tradición mexicana.

Obra escrita con sana y santa intención no aspira á más que á ser vista con benevolencia por sus lectores, y si acaso por ser obra humana puede ser falible y expuesta á error, no pedimos para ella más crédito que el que como tal merezca, ni menos intentamos prevenir respetables juicios.

Séanos permitido concluir este prólogo con las siguientes palabras, tomadas de un distinguido autor:

Libro es para los creyentes: pero en el cual, bajo los atractivos de una narración animada, hallarán acaso motivos de meditación y estudio los que dudan y hasta muchos de los que creen (1).

(1) Bravo y Tudela.—*La Madre de Jesús*.

LIBRO I

LA MADRE DE LOS DIOSSES



Capítulo I

Patria y Amor

El fragor de la tempestad había pasado casi por completo.

Las nubes que servían de núcleo continuaban alejándose impelidas por el viento recio del Norte que soplabá aún con inusitada furia.

Sus gruesas masas de un color gris azulado, iluminábanse de vez en cuando por el zig-zag amarillo pálido de los rayos que parecían jugar entre sus pliegues.

El eco de los truenos llegaba con muchos minutos de posterioridad al momento en que se habían percibido los relámpagos, indicando que la tormenta se encontraba ya á muchas leguas de distancia.

Por la parte del Norte el cielo mostrábase vestido de un manto azul oscuro de una gran limpieza y transparencia.

Las estrellas brillaban con un inusitado esplendor y los planetas cintilaban sus luces de suaves y varios colores.

En la distancia los árboles del valle, alineados en fantástica formación, se doblegaban bajo la presión del viento, produciendo el choque de sus ramas y sus hojas un ruido semejante al de las láminas de acero de la armadura de algún jinete al galope.

Por fin, entre grupos de nubes plateadas en sus bordes, apareció la luna cuyo disco achatado indicaba la proximidad del plenilunio.

Uno de los primeros reflejos de su pálida y plateada luz fué á iluminar la extraña figura de un hombre que, en pié y apoyado su brazo izquierdo sobre una arruga formada por los peñascos sobre los cuales asentaba sus plantas, parecía por su misma inmovilidad que en ellos estaba tallado por el brusco cincel de algún primitivo artista.

Era un anciano indígena de blancos cabellos, de arrugado rostro, cuya mirada viva y moviente indicaba que su corazón y su energía se conservaban frescas y varoniles.

Esto nada tiene de extraño en la raza india.

Raza enérgica y vigorosa, acostumbrada desde la infancia á soportar los más rudos trabajos y toda suerte de inclemencias.

Frugal por naturaleza, el indio come poco, y por lo regular vegetales de toda preferencia.

Su vestido basta apenas para cubrir una parte de su cuerpo.

El resto permanece al aire.

El sol con su fuego, la sombra con su frío ambiente, la lluvia con sus líquidos hilos se encargan de curtir su piel gruesa y resistente.

La larga vida parece ser propiedad suya.

La ancianidad es privilegio suyo.

Para ellos llegar á los cien años de edad, si no es común, tampoco puede decirse extraordinario.

El personaje que apoyado en las rocas acabamos de conocer tenía seguramente más de ochenta años.

Vestía una especie de túnica en forma de escapulario, pero cerrada en gran parte por ambos lados y bastante larga para caerle más abajo de las rodillas.

Dicha túnica, que parecía de algodón, estaba ceñida á su cintura por una especie de faja llamada *maxlatl*, cuyas extremidades pendían por delante y por detrás de su cuerpo.

Lleva á las espaldas y atada con un nudo sobre el hombre el *tilmalli*, capa como de vara y media en cuadro.

Todas estas piezas de su traje estaban orladas con una cenefa sencilla, formada primorosamente con plumas de colibri.

Debajo de la túnica de color llevaba otra de la misma forma, pero más cerrada y de género blanco.

En sus piés llevaba un calzado á modo de sandalias, compuesto de una plantilla formada de un tejido de maguety, atada con cordones á la pierna.

De vez en cuando aspiraba de una larga caña en forma de pipa el humo de la planta que después se llamó *tabaco*, palabra tomada de la lengua haitiana y cuyo nombre mexicano se ignora.

Al aspirar el humo, el anciano cubría con una mano sus narices, para hacerlo llegar más pronto al pulmón, y dejaba escapar una parte que salía de sus labios formando graciosas espirales.

En medio del silencio majestuoso en que parecía recrearse aquel hombre, que era ni más ni menos que un

sacerdote de la horrible y sanguinaria religión azteca, se oyó el ruido de los pasos de otro hombre que sin duda usaba como el desconocido iguales *cacles* ó sandalias, pues distintamente se escuchaba el chancleto producido por cada uno de sus pasos.

Cortos momentos después el nuevo personaje se encontraba en presencia del que primero conocimos.

—Bien venido seas, Tezomotli,—dijole éste sin variar de postura.

—Perdóname si he tardado, valeroso Ixtaolzin.

—Creí en efecto que me dejarías esperando en vano.

—Sin embargo, bien ves que te has engañado.

—Es verdad, y me alegro de ello, porque.....

—¿Por qué te detienes?

—Vale más que lo haga así: nunca pecaré por exceso de prudencia.

—Ixtaolzin!— exclamó Tezomotli con mal reprimido encono:—me disgustan en alto modo las reticencias y las frases de doble sentido. A quien, di, interesa tu prudencia á tí, Ixtaolzin ó á mí Tezomotli?

Por los ojos del interpelado cruzó algo como una centella de cólera, pero reprimiéndose con ese dominio que sobre sí misma tiene la ancianidad, contestó con perfecta calma:

—A los dos, Tezomotli, á los dos.

—Aprecio en lo que vale tu conciliadora respuesta, y no obstante, por lo que á mí se refiere rechazo tu suposición.

El anciano no pudo reprimirse ante la nueva y agresiva observación de Tezomotli y alzando la larga caña que le servía de pipa la levantó sobre la cabeza de su interlocutor.

Este se la arrancó con rápido movimiento, é iba á hacerla pedazos, cuando, variando de intención, la volvió á poner en manos de Ixtaolzin, diciéndole:

—Toma y perdóname: la sangre hierve en mis jóvenes venas y su calor ha cegado con sus vapores mis ojos, que siempre deberían haber visto en tí al venerable sacerdote de los dioses de mis mayores.

—¿De mis mayores!—repitió el anciano con amargo desdén.

—De mis mayores, sí; ¿qué te extraña?

—Que no hayas dicho que también lo son tuyos.

—Ixtaolzin, siento que artificiosamente hayas vuelto á tocar este punto: sabes bien que me desagrada, sabes que.....

El anciano le interrumpió diciendo con amargura:

—Sé que al tratar este punto tu corazón se revela contra tí mismo, porque al fin los dioses de tus mayores, son los únicos, los verdaderos dioses, y al que de ellos quiere huir ellos le buscan y le atormentan, despertando en el perjuro implacable remordimiento. ¿No es verdad, desventurado Tezomotli?

—No, no lo es, Ixtaolzin, no lo es,—contestó confuso el joven.

—¿Desgraciado!—gritó con tronante voz el anciano.

Tezomotli se irguió entonces como una pantera, y extendiendo hacia atrás de sí su brazo izquierdo con el puño crispado, y poniendo su mano diestra sobre el corazón, gritó con no menos energía:

—No, no lo es, Ixtaolzin, te lo juro; ningún remordimiento me aflige: tus dioses no son sin duda los únicos, los verdaderos dioses.

El anciano levantó sus dos brazos casi perpendicularmente.

res sobre sus hombros y extendiendo sus manos, exclamó:

—Y bien, huye entonces de aquí; ¡maldito, maldito seas!

El joven, sin inmutarse ni en lo más mínimo, obligó á Ixtaolzín á bajar ambos brazos y con pausada voz le dijo:

—Cálmate, Ixtaolzín: ya lo estás viendo, has lanzado tu maldición y ni Huitzolopochtli ni Tonantzín han disparado sobre mí la flecha de su impotente cólera. No puedes, pues, asustarme: hablemos, si lo quieres, como buenos amigos.

—¡Nunca, nunca, perjuro Tezomotli; huye, huye de aquí, maldito!

—Piensa bien lo que dices: si una vez más insistes en el desempeño de tu falso papel, me marcharé, sí, pero será para volver con los franciscanos españoles á desalojar de aquí á tu Tonantzín.

El anciano observó entonces desconcertado:

—¿Serías capaz, Tezomotli?

—¿Por qué no!

—Si tal hicieras no serías tú quien menos perdiera.

—Tienes razón; pero si no hay otro medio de entenderse contigo, nos perderemos á la vez.

—Está bien: concedo y te escucho: ¿para qué has sollicitado de mí esta entrevista? ¿qué es lo que deseas? Responde, y sé breve.

—Necesito que me des esta noche cuanto oro, ó plata en último caso, pueda yo llevar conmigo.

—¡Sólo para esto te acuerdas de los dioses de tus mayores!—observó con profundo desprecio Ixtaolzín.

A lo que contestó Tezomotli con sentimiento igual:

—Quizás tú á tu vez sólo por disfrutar los tesoros de tus dioses te mantienes fiel á ellos.

—Mientes, Tezomotli: verdad es que por conservar ese tesoro me desvelo, pero lejos de pretender conservarle para mí, para rescatar nuestra patria, para nuestros dioses es para lo que le conservo,

—No quiero discutir el móvil que te guía, pero sea cual sea, no es menos cierto que si con paciencia me escuchas, si resignado obsequias mis citas, es sólo y exclusivamente porque yo no ignoro la existencia de esas riquezas y porque temes que yo te descubra.

—No lo niego, Tezomotli: si los españoles llegasen á invadir también este olvidado cerro del Tepeyac, no llegarían á apoderarse del tesoro que en él guardo, porque el lugar en que le tengo oculto sólo, tan sólo yo lo sé; pero me vería precisado á huir de aquí y á desistir de mis proyectos, que son los de la reconquista de mi patria y de mis templos. Pero si aun queda en tu corazón algún vestigio de honor y de vergüenza, yo te lo ruego, Tezomotli, toma el oro que á darte voy y que suponiendo el objeto de tu cita he traído conmigo y aquí ante tus ojos está, pero no vuelvas á abusar del conocimiento que de mi secreto tienes, y ten presente que no es al anciano Ixtaolzín á quien despojas, sino á tu sojuzgada patria y á tus oprimidos dioses.

Durante este discurso, Tezomotli fué poco á poco doblando su cuello é inclinando hacia la tierra sus ojos, como si sucumbiese al peso de las palabras del anciano.

Cuando éste hubo dejado de hablar, Tezomotli, visiblemente conmovido dijo así:

—Anciano Ixtaolzín, eres injusto conmigo y te quejas

de mí, de daños que no te he hecho: fiel criado de tu voluntad, mil veces bajé de este cerro de Tepeyac consagrado por mis mayores á la madre de los dioses, á comunicar tus órdenes á los guerreros que quedan aún de nuestra raza. Un día, tú lo sabes bien, uno de esos crueles soldados que han conquistado nuestra tierra me encontró cerca de la antigua Tenochtitlán; sin duda le agradé para esclavo y, con ira feroz lo recuerdo, soltó sobre mí sus salvajes perros de presa, hizome su cautivo, y por más que yo le representé mi noble condición, pues hijo soy de una de las esposas del infortunado rey Cuitlahuatzin, quiso imprimir sobre mi frente la candente marca del esclavo: yo me resistí como saben resistirse los hombres de mi estirpe; el soldado volvió á lanzar sobre mí sus perros de presa que destrozaron mis carnes y bañaron en mi sangre sus lenguas nauseabundas; aquel hubiese sido el último instante de mi vida si no hubiese acudido en mi socorro uno de esos hombres grises que, levantando en sus manos el crucifijo de su rosario, de tal modo habló á mi enemigo con palabras que no pude comprender, que el verdugo me dejó libre y huyó temeroso y avergonzado. El hombre gris era un sacerdote español, un fraile franciscano que llevándome sobre sus espaldas me hospedó en su convento: dos meses estuve entre la vida y la muerte, pero de ella me salvó el cristiano celo del ejemplar franciscano: milagro grande fué aquel de su ciencia y cristiana caridad, pero otro no menos grande obró en mí su palabra dulce, tierna, elocuente, cariñosa y persuasiva: este mayor milagro fué el de haberme hecho olvidar mis falsos dioses, é induciéndome á amar su Dios, que también es hoy para mí el único verdadero. Pero aún hay más. En la iglesia de los

franciscanos, que no está como el templo de tus dioses salpicado de sangre y corrompido con el hedor de los miembros humanos esparcidos por tu mano después del bárbaro sacrificio; en su iglesia, donde sólo se vén imágenes de una belleza tan grande como enorme es la horrible deformidad de tus ídolos, conocí á una de esas mujeres españolas tan hermosas como sólo pudieran haberlo sido las hijas de aquel blanco Quetzalcóatl de que hablan nuestras viejas tradiciones. Desde entonces la amo con irresistible frenesí, con pasión ilimitada, con demente energía, y por ella, por ella sólo vivo y existo, y por ella, anciano Ixtaolzin, despojo á tus dioses de un tesoro que les es inútil, puesto que son falsos y no existen. La española, sábelo anciano, me ama, me ama también: pero tiene un tío que de España la ha traído para casarla con otro español, al cual ella no ama, pues mio es por entero todo su corazón: ese tío tiene con el español á quien ha prometido á su sobrina una deuda enorme, y para solventarla no tiene otro medio que no sea ó el de entregarle como esposa á la doncella que yo amo ó satisfacer su avaricia con el oro que yo le proporciono pidiéndotelo á tí. Ahora bien, anciano Ixtaolzin, pues te juro que esa mujer es mi felicidad y comprarla necesito para no ver desvanecerse mi dicha, ¿puedes hacer menos por mí que comprar con un tesoro, inútil en tus manos, la dicha de un hijo de tu rey?

Al concluir de hablar el joven, el anciano por única respuesta puso en sus manos un pesado bulto de barras de oro, y trepando con ligereza sobre las rocas desapareció de la vista de Tezomoti, que para nada volvió á ocuparse de la fuga del sacerdote azteca.

Pero cuando él á su vez húbose alejado del lugar de la

conversación y gozoso se dirigía á la ciudad, Ixtaolzín volvió á presentarse en la peña acompañado de dos hombres á los cuales dijo:

—Vedle; allí vá: seguidle: fijaos bien en la casa en que entre en la ciudad: sin duda una mujer española saldrá á recibirle: fijaos bien en ella y después..... dos días os doy para que os apoderéis de ella y me la traigáis viva. Sin duda Tonantzín agradecerá que en sus altares le sacrifique una doncella enemiga.

Esto oído, los dos ministros de Ixtaolzín se desprendieron de su lado y siguieron á Tezomotli.

Capítulo II

Terror y superstición

El joven y noble indio que bajo el nombre de Tezomotli acabamos de conocer, bien merece que nos extendamos en algunos pormenores referentes á su historia.

Como el mismo habíalo dicho, hijo era de una de las esposas del Cuitlahuatzin, décimo y penúltimo rey de México y sucesor del infortunado Moctezuma II.

Demos á nuestros lectores que no conozcan esta parte de la historia de México una ligera idea de las circunstancias que elevaron al trono á Cuitlahuatzin.

Los mil variados objetos de oro que á D. Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, presentaron las gentes de mar que, saliendo del puerto de Ajaruco, habían tocado en las costas de Yucatán, hicieron á aquél concebir tan grande idea de la riqueza del nuevo y desconocido

país, que ellos le determinaron á armar una expedición de descubierta, cuya dirección encargó á su pariente don Juan de Grijalva.

Recorrió éste la porción de costa comprendida entre Fánuco y el islote de San Juan de Ulúa y desde él regresó á informar á Velázquez, quien ilusionado más cada vez, determinó proceder á la conquista formal del nuevo país, y hechos los aprestos convenientes, confió la empresa al valor, talento y firmeza del capitán don Hernando Cortés.

El Jueves Santo, 21 de Abril de 1519, el ejército de Cortés, compuesto de cosa de quinientos hombres, entre soldados y marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes, conducido todo ello en once bien humildes bajeles, se encontraba en San Juan de Ulúa.

El Domingo de Pascua siguiente y en el lugar mismo en que hoy se encuentra Veracruz, el padre Olmedo, capellán de Cortés, celebró la primera misa que en estas apartadas tierras habíase escuchado.

No es mi intención ni mi propósito referir el modo y manera con que los españoles entraron en comunicación con los habitantes del país á que acababan de arribar.

Baste saber que los regios dones con que Moctezuma II quiso resolverlos á no entrar en el país, no sirvieron para más que para animarlos mayormente á sojuzgar una nación que tan rica y poderosa parecía.

En auxilio de sus planes vino el señor de Cempoala, feudatario del rey de México y al cual aborrecía por la opresión que hacía pesar sobre la nación totonaca, cuyo cacique era el citado señor de Cempoala.

Creyendo con el auxilio de Cortés reconquistar su independencia, el cacique le ofreció su alianza, que Cortés

aceptó gustoso, tanto más que cuanto por él supo que Moctezuma era odiado en todo el país.

Fundada Veracruz y nombrado su primer ayuntamiento, que confirmó en el mando á Cortés, éste se dirigió á Cempoala y de allí se puso en camino para México el 10 de Agosto de aquel año.

Al llegar al territorio de Tlaxcala hubo de háberse las en recias batallas con los ejércitos del bravo Xicotencatl, pero la fortuna fué contraria á éste y la República, cuyo general era, se vió obligada á pedir la paz á Cortés y á formar con él alianza.

Al pasar por Cholula, las noticias que se le dieron de una supuesta conspiración sirvieron á Cortés de pretexto para hacer un ejemplar y cruel castigo, y en algunas horas Cholula quedó despoblada y en ruinas.

Sin desistir ni un solo instante de su propósito, Cortés prosiguió su camino hacia la capital del imperio, y pasando entre los dos espléndidos volcanes penetró en el espléndido y admirable valle de México.

Grande fué la irritación de los nobles señores mexicanos al distinguir á los claros reflejos del brillante sol de los trópicos, las armaduras de los soldados españoles brillando como metálicos espejos sobre el fondo de mil colores de los trajes de guerra de los aliados tlaxcaltecas, tepanecas y chalcas.

Pero entre todos fué el primero en distinguirse por su ilimitada irritación el noble señor de Ixtapalapa y general del ejército imperial el valeroso Cuitlahuatzin, sabio, generoso y hombre de hermosa y varonil presencia.

Todas estas cualidades que en alto grado poseía habíale hecho el ídolo, no sólo de los súbditos de su señorío, sino también de los nobles señores mexicanos.

El mismo Moctezuma profesábale ilimitado afecto, y al confiarle el alto puesto que en su fastuosa córte ocupaba, habíasele ampliamente demostrado.

Pero el gobierno de los monarcas mexicanos apoyábase en el más lato absolutismo, y Moctezuma II hubiera menos que cualquiera de sus antecesores sufrido que nadie pensase en oponerse á su imperial voluntad.

Así es que fué inmenso el terror de que se sintieron poseídos los magnates aztecas cuando Cuítlahuatín, sin poder reprimir su cólera, exigió á Moctezuma, ante toda su córte, que si pretendía se le juzgase digno de la corona que ceñía sus sienes, negase á Cortés el permiso que, por medio de sus embajadores allí presentes, solicitaba desde Culhuacán para entrar en la capital.

—No, poderoso emperador,—exclamó Cuítlahuatín, —sea tu voluntad no recibirlos en tu ciudad ni darles asilo en ninguna de las que te pertenecen: antes bien haz llamar á tus vasallos, mándales tomar las armas y todos unidos en un solo corazón como en cualquiera de nuestras guerras sagradas, destruyamos y aniquilemos á esos extranjeros que tanto espanto y miedo han puesto á las pusilánimes naciones que no en vano el poderoso HuitzoloPOCHTLI hizo, señor, tus feudatarias: veamos para cuánto son buenos estos que se han aparecido en nuestra tierra: veamos si por ventura somos aquí sus vasallos y tributarios que hemos de doblegarnos á su imperio y sus caprichos: apercíbios luego, nobles mexicanos que me escucháis, y salgamos á su encuentro, y destruyámoslos y desbaratémoslos y celebremos nuestra victoria como la del invencible Tezcatlipoca, que nos enseñó á vencer á Quetzalcóatl, del cual esos avenedizos pretenden hacerse pasar por hijos.

Cuítlahuatín calló, y alzando fiera la mirada la paseó en torno suyo sobre la muchedumbre de los nobles que le habian escuchado, y por último la clavó sobre Moctezuma.

Con disgusto y sorpresa, todas las frentes vió inclinadas hacia el suelo, y se disponía á increpar duramente á cuantos en la regia cámara se hallaban cuando Moctezuma, con los ojos preñados de lágrimas, levantó su voz y dijo:

—Valeroso Cuítlahuatín, yo te agradezco lo que has dicho, y capaz te considero, si no de cumplirlo, pues hacerlo no sólo de tí depende, si al menos de intentarlo y de perecer por conseguirlo; pero pues mi suerte y ventura así lo han ordenado y airados están los dioses contra mí, cúmplase su voluntad, pues no la puedo huir. Dioses son, no lo dudes, los recién llegados, y en ellos se cumplirán las profecías que anunciaron la vuelta de Quetzalcóatl; pero sí te ruego y pido de merced, que después que sean venidos y yo sea muerto á sus manos, que yo sé que me han de matar, tomes mis siete hijos que dejo á tu cargo, y los ampares y los escondas de estos dioses, y de todos aquellos que desconociendo la fatalidad á que sucumbo, y creyendo que yo los he entregado á estos que vienen, tomarán venganza en mis mujeres y mis hijos: por lo cual encarecidamente te ruego que los pongas en salvo y te acuerdes que te he tenido como verdadero hijo y hecho toda la confianza de tí que ha sido posible, honrándote en la que he podido en todo el tiempo de mi reinado: y de una cosa te quiero avisar y es que sin duda seremos todos muertos y destruídos á manos de estos dioses, y serán todos los que quedaren esclavos y vasallos suyos, y ellos han de reinar y yo soy el postrero rey

que habrá de nuestra nación en esta tierra: porque aunque queden algunos de nuestros hijos y deudos y los hagan gobernadores y los pongan en algunos señoríos, no serán verdaderamente ni reyes ni señores, sino cobradores de tributos de éstos que yo y mis antepasados tuvimos y sólo servirán de hacer cumplir los mandatos suyos: y así es como me cupo en suerte dejar envuelto y enrollado para siempre el asiento que mis antepasados me dejaron, para que ninguno de mis hijos ni deudos lo tornen á desenrollar, ni se sienten en él.

Y al decir estas palabras fué tal el exceso de su dolor y tantas y tan abundantes las lágrimas con que significó su desaliento y amargura, que nadie ni aun el mismo Cuitlahuatzin se atrevió á observar palabra, ni á ocultar la parte de dolor que habiales comunicado.

Antes bien el mismo Cuitlahuatzin se vió obligado á aceptar el encargo que le dió Moctezuma de salir á recibir y aposentar á los españoles.

Y aquí es el lugar de decir cómo el crédulo y preocupado Moctezuma tuvo motivo de creer á los españoles, enviados de Quetzalcóatl, fundándose en una antigua tradición.

Capítulo III

La leyenda de Quetzalcóatl

CUÉNTASE en códices y antiguos manuscritos, que el año ochocientos noventa y cinco de nuestra era, que en el calendario usado en aquellos días por los pueblos indígenas denominábase *ce acatl*, que quiere decir *una caña*, nació Quetzalcóatl.

La madre, que llamábase Chimalma, se tragó una piedra preciosa y de ella tuvo á Quetzalcóatl (1).

Se dice que Quetzalcóatl buscó á su padre cuando ya era más prudente, pues había cumplido nueve años.

Dijosele que ya era muerto y aun se le designó su sepulcro.

Quetzalcóatl se dirigió al sitio designado y postrándose sobre él oró con fervor, derramando abundantes lágrimas.

(1) El nombre de piedra preciosa es *chilchihuitl*. Como todos los nombres aztecas son de una difícil pronunciación, procuraremos evitarlos en el texto en obsequio de nuestros lectores y cuanto nos sea posible, pero los haremos constar en las notas que irán al pie de las páginas.

Después comenzó á cavar y buscar los huesos y cuando los halló, los sacó y los llevó á enterrar á su propio palacio en un panteon de oro bruñido.

Algún tiempo después Quetzalcóatl abandonó su palacio é internándose en los bosques de Tollancingo construyó de ramas y hojas una casa y en ella permaneció cuatro años en penitencia y oración.

Dicese que los primeros pobladores de esta tierra fueron los toltecas, pueblos aventajadissimos en las artes y civilizacion.

Arrojados de su patria, que formaba parte del reino de Tollán, del cual tomaron su nombre, dieron principio á una larga peregrinación en que emplearon más de un siglo, hasta que al fin fundaron la ciudad de Tollán en recuerdo de su patria primitiva.

Grandes y en extremo notables fueron sus reyes, que eran considerados como inmortales, pues á su muerte creíanse que se convertían en dioses y que periódicamente renacían ó despertaban como de un largo sueño para turnarse de nuevo en el gobierno de sus pueblos.

Maestros en la fabricación de telas de pluma, de pelo de conejo y de algodón, diestros lapidarios y plateros, maravillosos arquitectos, grandes agricultores y mineros, el nombre de tolteca vino á ser sinónimo de excelente artifice.

Muerto su rey Ilhuicmaíl los toltecas proclamaron en su lugar á Quetzalcóatl, cuya fama de santo y piadoso era general en el reino.

Por la misma razón invistiéronle con todos los poderes y prerogativas de sumo sacerdote de su religión, cuyo culto él reformó, haciéndole el más humano y

racional entre todos los cultos de las bárbaras naciones circunvecinas.

Sus casas de oración, penitencia y ayuno eran cuatro: la primera de madera pintada de verde; la segunda de coral; la tercera de caracoles; la cuarta de plumas preciosas.

En ellas ayunaba y hacia penitencia.

A la media noche descendía al lugar llamado aguas reales (1) y dirigía sus súplicas al cielo, sentándose en un rosal espinoso.

Deteniéndose en él imploraba á las deidades que en forma de las más lucientes estrellas habitaban en nueve cielos.

Dirigíase luego á una montaña en que fabricaba piedras verdes y azules preciosas y escogidas, y recibía en cambio turquesas y coral.

Después bajaba al valle y cazaba culebras, aves y mariposas.

Pocas ó ninguna vez presentábase en público.

Casi siempre se hallaba en retiro y en silencio, oculto en el secreto de su templo, cuya guarda estaba encargada á los pregoneros (2), quienes tenían especial cuidado de abrir y cerrar las habitaciones y salas de oficios.

Entre sus palacios eran notables el de tapices de piedras preciosas (3), el de tapices de plumas (4), el de

(1) Atecpan amochco.

(2) Tecpóuhitín.

(3) Chalchiuipetlatl.

(4) Quetzalpetlatl.

tapices de oro (1) y la casa de ayuno y penitencia (2). ¿Quién era aquel hombre misterioso de quien tan extrañas cosas cuentan los antiguos cronistas de estas tierras y los manuscritos que hemos extractado en las anteriores líneas?

Un historiador ha dicho (3):

«Sus hechos son tan celebrados entre los indios y con tanta apariencia de milagros, que no sé qué me atreva á escribir de ellos.

»Según el Evangelio de San Marcos, mandó Dios á sus sagrados apóstoles que fuesen por todo el mundo y predicasen el Evangelio á toda criatura, prometiendo á los que creyesen y se bautizasen la vida eterna.

»Y pues los indios eran criaturas de Dios, racionales y capaces de la bienaventuranza, puede colegirse que no las dejaría sin predicador, y si lo hubo lo fué el personaje que nos ocupa.»

Muchos historiógrafos (4) han afirmado que Quezalcoátl, que significa lo mismo que Tomás, fué el apóstol Santo Tomás que predicó el Evangelio á los indios.

Otro historiador (5) mexicano le juzga un obispo irlandés, llegado á nuestro continente el siglo vii en alguna de las expediciones que á él vinieron por el Norte.

Otro escritor también mexicano y no menos distinguido y competente (6) dice: no puede dudarse que fué un

(1) Teocuitlapetlatl.

(2) Ynezahualcal.

(3) El P. Fray Diego Durán.

(4) Durán, García, Becerra Zarco, Sigüenza y Góngora.

(5) D. Manuel Orozco y Berra.

(6) D. Alfredo Chavero.

cristiano que introdujo varios ritos de su religión y el culto de la cruz.

Estas diversas opiniones tienen varios sólidos fundamentos.

Los españoles encontraron extendido el culto de la cruz en diversas naciones de este continente.

Los historiadores del Brasil y del Perú afirman que no había pueblo que no tuviese su cruz, y el P. Fray Joaquín Bruho, al hablar de la cruz de Huatulco dice que fué entregada á aquellos indios por el mismo Santo Tomás.

Una de las notabilidades de las magníficas ruinas del Palenque es un relieve que representa una cruz.

En las pinturas geroglíficas que representan á Quetzalcóatl, varias cruces adornan sus vestiduras.

Cruces hay también en las bolsas en que los sacerdotes indios llevaban el incienso ó copalli.

Los mexicanos han sido considerados la última rama de una raza antiquísima de pueblos, denominados nahoas: de éstos procede un geroglífico que representa un árbol á manera de cruz que chorrea sangre: los nahoas llamaban á la cruz Tonacacahuil, que significa *madre de nuestra carne*.

Todos los historiadores están contestes en que Quetzalcóatl fué un extranjero blanco y hermoso que civilizó en gran manera á sus pueblos, y al cual, por envidia de su virtud, persiguieron y arrojaron del país todos los pueblos que lindaban con su reino. Quetzalcóatl se retiró rumbo al mar, profetizando que algún día volverían sus descendientes y tomarían venganza de los males que á él se le habían causado.

Que esta era una tradición que se mantenía viva lo de-

muestra el terror que se apoderó de Moctezuma al saber la llegada de los españoles, y sus órdenes para que fuesen tratados y obsequiados como dioses y como al mismo Quetzalcóatl.

Hablando de Santo Tomás, dice el P. Durán: «También sabemos haber sido predicador de los indios y que, escarmentado de ellos, pidió á Jesucristo, cuando se le apareció, que le enviase donde fuese servido, excepto á los indios.»

¿De qué otra manera se podría explicar la semejanza que existe entre el rito de los sacerdotes aztecas y algunas ceremonias cristianas?

Seguramente que esta semejanza apenas es perceptible entre el cúmulo de groseras prácticas que componían el sanguinario rito de los crueles sacerdotes mexicanos; pero si Quetzalcóatl se vió precisado á huir de esta tierra por la guerra que en ella se le hizo; fácilmente se concluye que sus triunfantes enemigos tratarían de borrar en cuanto les fuese posible sus huellas y su memoria, prescribiendo todas las prácticas religiosas por aquel varón introducidas.

Pero, más ó menos lejana, esa semejanza existe y de mil modos la han probado en sus escritos los primeros venerables misioneros que llegaron á estas tierras.

Tenían el recuerdo del diluvio y el de la primera falta de la primera mujer.

Presentaban en el templo á los recién nacidos y los bautizaban por inmersión.

Comíanse la carne de los sacrificados á Huitzolopochtli y la tenían como carne de su dios.

Confesaban sus pecados al oído de la estatua de Tezcatlipoca, que creían que todo lo oía y sabía.

Tenían idea de la inmortalidad del alma, pues suponían que los soldados iban á morar al sol, y las almas buenas á los jardines paradisíacos del *Tlalocán*.

Creían en el infierno, al cual denominaban *Mictlán*, y en una especie de limbo á que iban los niños muertos al nacer y en donde se mantenían, hasta que tornaban á la vida, de un árbol que goteaba leche.

Esta última parte podría significar la idea que de la resurrección de la carne hubiesen conservado.

Tenían también sus diablos y agentes infernales que inspiraban las malas acciones y procuraban arrancar sus presas á la virtud.

Usaban ayunos y abstinencias; mortificaban sus cuerpos, y sus *calmecac* constituían una especie de conventos en que permanecían más ó menos espacio de tiempo los mancebos y las jóvenes, guardando éstas durante su reclusión una perfecta castidad.

Por último y por no hacer demasiado larga esta enumeración de patentes semejanzas, decían que Quetzalcóatl era blanco, rubio y barbudo y que usaba traje talar sembrado de cruces rojas ó negras, y le pintaban con una especie de mitra y un báculo.

Mucho se ha discutido sobre este punto, que en nuestros tiempos ha sido combatido con singular encarnizamiento, porque en ellos se hace gala, no ya de la más lata incredulidad, sino también de ser enemigo jurado de cuantos aun viven y alientan por la fe y para la fe.

Para los que así piensan, el suponer piadosamente que estas regiones americanas merecieron á Jesucristo el singular favor de que alguno de sus discípulos trajera á

ellas la Cruz del cristianismo, es una conseja ridícula, merecedora tan sólo de burla y de desprecio.

¿Cómo consentir en que un cristiano y además extranjero hubiese sido el primero en mostrarnos el camino de la civilización que parte como de ancha y primorosa fuente de las páginas mismas del Evangelio del Dios-hombre?

No, ellos no podían en su soberbia consentirlo, y por eso, al comparar esas lejanas semejanzas del rito azteca con las sagradas ceremonias del catolicismo, exclaman: «Si en estas tierras predicó algún apóstol, este supuesto apóstol no conocía el Evangelio.»

¿Pero qué significan en buena lógica estas diferencias en las mismas semejanzas?

Acaso los individuos de las distintas razas que pueblan el mundo dejan de ser por sus marcadas diferencias físicas, ramas de un solo y mismo tronco?

No vemos en nuestros días transformados en cuarteles, circos y templos luteranos y calvinistas las antiguas iglesias levantadas por nuestros mayores al Dios único y verdadero?

Las generaciones que andando los siglos vengán á establecerse sobre el polvo y ruinas de nuestras generaciones de hoy, podrían con idéntico modo de discurrir, negar que nuestro pueblo fué eminentemente católico y cristiano, puesto que parece ser empeño y propósito de los enemigos de la religión nacional, borrar sus huellas de todos lados donde se conservan aún, á pesar de todos sus inicuos esfuerzos para lograrlo.

Nada podemos nosotros decir sobre si Quetzalcóalt fué ó no efectivamente el apóstol Santo Tomás, pues la

Iglesia nada ha afirmado aún sobre este suceso; pero consolador es pensar que así pudiera haber sido y que nuestra patria hubiérase visto santificada con la presencia en ella de uno de los doce inmediatos delegados del Divino Maestro.

Si no lo fué, ojalá hubiéralo sido.

Capítulo IV

Tezcatlipoca y Quetzalcóatl

CONCEDIDO por Moctezuma el permiso solicitado por Cortés para pasar á la capital, quiso el infortunado emperador salir á recibir á su huésped con los honores con que habria recibido al mismo Quetzalcóatl.

Hizose al efecto conducir en sus ricas andas, que todas estaban cubiertas de gruesas planchas de oro é innumerables piedras preciosas, él mismo vistió su más ricas imperiales vestiduras, y maravilla causaba verle brillar bajo los rayos del sol como envuelto y lanzando de sí haces de luces de mágicos colores.

Lucido sobre toda ponderación fué su cortejo.

Toda la nobleza de su reino, sus más preciados generales, las más hermosas doncellas, los más apuestos manebos, los más elevados ministros del sacerdocio precedíanle, rodeábanle ó seguíanle, en tanto que á su paso se prosternaba el pueblo hundiendo sus frentes en el polvo.

No entra en mi plan referir con todos sus pormenores la entrevista de Moctezuma y de Cortés, que fué de lo más espléndida y ceremoniosa imaginable.

Sólo cumple á mi propósito decir aquí que lágrimas

de dolor y desesperación rodaron por las mejillas del bravo Cuitlahuac, cuando oyó decir á Moctezuma y dirigiéndose á Cortés, que fuese bien venido á aquella ciudad en que él habia estado rigiendo en lugar de él el reino que su padre Quetzalcóatl habia dejado; que si venia á gozarle, que allí estaba á su servicio, y que él sería el primero en dejárselo, pues en las profecias de sus antepasados así estaba dispuesto y previsto: y que si sólo habia llegado á verle se lo tenia á gran merced y recibía mucho gusto y contento, y que viese de mandar y disponer de su reino y su persona, que con el uno y la otra trataría de servirle.

Pero pronto aquellas lágrimas que el dolor de ver á Moctezuma humillarse voluntariamente arrancó á Cuitlahuac, secáronse al fuego de la ira con que escuchó decir á Cortés, que viniendo á estas tierras en nombre del poderoso rey y señor de mucha parte del mundo, á él debería jurar obediencia y sujetarse á su servicio, y renegar de la religión de sus mayores para adorar al nuevo y único y verdadero Dios, que era el cristiano.

A todo accedió Moctezuma y prometió cumplirlo, y concluida la entrevista encamináronse todos á la ciudad, con muchos bailes, danzas y regocijos y salieron á recibirlos los sacerdotes con sus trajes de ceremonia y grande acompañamiento de señores y guerreros.

A Cortés y los españoles que le acompañaban dieron aposento en el antiguo palacio de Axacáyatl, y esto fué siete meses después de su llegada al país de Anahuac; esto es, el 8 de Noviembre de 1519.

No podía Cortés quejarse de la buena fortuna con que hasta allí habia caminado.

Cierto es que algunas peligrosas batallas se había visto precisado á sostener, pero todas ellas habían sido libradas por el esfuerzo aislado de determinados pueblos, sin que en ellos hubiesen intervenido las órdenes ni las escogidas tropas del monarca de tan vastos dominios.

Así fué que al verse en el centro mismo de la capital, y pudiendo contar tan sólo con un reducido número de españoles, el temor de su ruina le asaltó, y fiándolo todo á su audacia sin ejemplo, quiso hacer galarde de su superioridad por medio del más osado golpe de mano que la historia registra.

Le sirvió de pretexto para ello la muerte de Escalante, á quien había dejado en Veracruz al frente de una reducida fuerza, y el cual perdió la vida combatiendo contra Cuaupopoca, señor de Nauhltan, que había salido á atacar á los totonacas, aliados de los españoles.

Cortés fingió tener motivos para atribuir á Moctezuma el atropello de Cuaupopoca, y pasando á su palacio puso preso al emperador y le llevó consigo á su cuartel.

Moctezuma despachó emisarios que prendiesen á Cuaupopoca y le condujesen á México, y cuando así estuvo hecho le entregó á Cortés, quien mandó quemarle vivo, obligando al emperador á presenciar la ejecución, con grillos que se dice le puso con sus propias manos.

Todo lo sufrió Moctezuma con la más envilecedora resignación, y aun llegó á entregar á Cortés al valiente rey de Texcoco, que osó declarar la guerra á los extranjeros, y por milagro salvó de haber corrido suerte igual á la del desventurado Cuaupopoca.

Actos de semejante osadía asombraron al pueblo mexicano, que no podía dudar que fuese menos que un dios

quien á tanto se atrevía, y no poco contribuyó á este resultado el sacerdocio azteca, que había acostumbrado al pueblo á fiarlo todo del supuesto omnimodo poder de sus falsos dioses.

Así lo comprendió el conquistador, y queriendo aprovechar los momentos exigió á Moctezuma que tanto él como sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano como á descendiente de Quetzalcóatl.

Moctezuma á todo accedió, y convocada la nobleza en su palacio juró cuanto quiso Cortés, quien levantó un acta de tal reconocimiento.

Pero la humillación de Moctezuma había sido por demás extraordinaria para que su reino no se irritase contra ella, y por medio de los nobles le exigió que inmediatamente ordenase á los extranjeros que saliesen del reino.

Así lo hizo, pero Cortés, fingiendo acatar la intimación, pretextó que por haber quemado sus buques en Veracruz se veía en la imposibilidad de marchar mientras no construyeran otros nuevos.

Por tal de verle marcharse Moctezuma le facilitó cuantos operarios quiso para el corte de maderas, y estando en estas el monarca fué avisado de que nuevas naves y otros españoles acababan de arribar á Veracruz.

En efecto, diez y ocho naves habían llegado al puerto al mando de Pánfilo Narváez, diputado por Velázquez, para hacer preso á Cortés y proseguir la conquista por cuenta del gobernador de Cuba.

Cortés, jugando el todo por el todo, salió de México con reducidas fuerzas, derrotó en Cempoala á la de Narváez, hizo prisionero á éste, atrajo á su partido á

as nuevas tropas, apresó á los diez y ocho buques, hízose de cien caballos, de buena artillería y de abundantes municiones, y más fuerte y confiado que nunca en su buena estrella tomó el camino de México decidido á realizar de una vez su estupenda y atrevida empresa.

Había mientras tanto quedado en México Pedro de Alvarado con ciento cuarenta españoles vigilando la construcción de los buques, de los cuales cuatro bergantines estaban ya acabados y balanceándose en las aguas del lago.

Fuese que realmente los mexicanos hubiéranse conjurado para destruir á los españoles, cosa que el proceder imprudente de estos justificaba de un modo sobrado; fuese que Pedro de Alvarado lo temiera ó buscarse de pretexto, el hecho es que el lugarteniente de Cortés así dió á entender á sus capitanes y con ellos concertó una horrible trama para asesinar á los principales jefes y nobles mexicanos.

Llegada la fiesta de Huizolopochtli, dios de la guerra, y siendo costumbre que la nobleza la festejase con grandes bailes que se celebraban en el atrio del templo, Alvarado pidió á Moctezuma que uno de los dichos bailes se verificaran en el gran patio del palacio que servía de cuartel á los españoles.

Moctezuma accedió á la súplica, como siempre había accedido á todas las de los españoles, y cuando el baile estaba en su mayor animación, los españoles hicieron fuego sobre los indios y los atacaron al arma blanca causando en ellos horrible carnicería.

Sabido el bárbaro suceso por el pueblo, la muchedumbre se lanzó sobre el cuartel de los españoles con

ánimo de exterminarlos y durante varios días los asaltos se sucedían sin interrupción, y si bien los españoles lograban, gracias á su artillería, defenderse, su situación iba siendo cada vez más angustiada y apurada.

Vino á sacarlos de ella la vuelta de Cortés con nuevas tropas y nuevos elementos de guerra.

El conquistador logró poner tregua á aquella violenta situación, ya reprendiendo á Alvarado, ya haciendo creer á Moctezuma que su lugarteniente había sido avisado en efecto de que se conspiraba contra los españoles, y con el pretexto de hacer las oportunas averiguaciones y de contar con garantías de seguridad, ocupó con las nuevas tropas varios edificios del recinto del templo Mayor, y trasladó á su cuartel á los altos dignatarios del imperio sin dejar por eso de conservar á su lado al mismo Moctezuma.

Pero entonces los mexicanos tomaron el partido de no celebrar en la capital el mercado de costumbre, y la escasez de víveres llegó á ser extrema en el cuartel de los españoles.

De ello se quejó Cortés, y Moctezuma contestó que estando presos y en su poder los principales señores del reino no tenía medio alguno para obligar á obedecer á sus súbditos.

Cuítlahuatzin, señor de Ixtapalapa, que entre los presos se encontraba, salió entonces del grupo de los cortesanos de su emperador, y prosternándose ante él dijo con irrimprovable emoción:

—Señor, si para alguien has de conseguir el permiso de salir á hablar á tus súbditos sea yo, te lo ruego, el elegido. Si el haber tenido la honra de haber estado encargado por tí, de recibir y aposentar á estos nuestros

poderosos amigos, pudiera ser motivo para que tus súbditos rebeldes me vean con desconfianza, sabes, Señor, que nadie como yo es afecto á tu persona, y elocuencia me sobrar  para convencerlos de que si haciendo lo que hacen faltan   las leyes de la hospitalidad para con estos extranjeros, su rebeli3n es tanto más criminal cuanto que no pudiendo t  separarte de ellos, ni salir de aquí, tu muerte es la que   causar van y con ella el luto, la ruina y la desaparici3n de su patria, de sus dioses y de su rey: Sea yo, pues, tu elegido, que si en la empresa muero, habrá tan s3lo cumplido mi deber.

Tan bien supo Cuitlahuatzin fingir su adhesi3n   su emperador y   los españoles en la anterior arenga, que Cortés cay3 en la red y di3 su permiso para que al señor de Ixtapalapa se le dejase franca la salida fuera del cuartel.

Apenas Cuitlahuatzin se vi3 libre, se lanz3 con frenética alegría al encuentro de los grupos de mexicanos que en hostil actitud discurrían por los contornos del palacio y plaza del templo, y reuniéndolos   todos y tomando de manos de un guerrero una macana 3 espada con dientes de obsidiana, la agit3 en alto sobre su cabeza y con gozo irreprimible grit3 levantando su voz sobre las aclamaciones de la multitud.

—A mí, Tezcatlipoca!   mí contra Quetzalc3atl!

Capitulo V

El décimo rey de México

NECESITAMOS explicar   nuestros lectores el grito de guerra lanzado por Cuitlahuatzin.

D dalo y laberinto de difícil salida es la antigua teogonía azteca, que tanto más se enreda y hace incomprendible cuanto mayor es el número de los que   escribir de ella se dedican, disponiendo 3 interpretando según su fantasía los c3dices, gerogl ficos y manuscritos que referentes   aquellas tradiciones se han descubierto 3 conservado.

Dicese que all , cuando el sol no existia, los antiguos dioses de estas dilatadas tierras reuni3ronse en las pirámides de Teotihuacán, y encendiendo una grande hoguera, determinaron que el primero que en ella se arrojase saldría hecho sol y tendría   su cargo alumbrar al mundo.

Dura era la prueba y mucho dudaron en acometerla los congregados; pero al fin venció uno de ellos la natural repugnancia y se dej3 ir en la hoguera, lo cual anim3   otro que le imit3, resultando de aquí que al punto y